

Túe el autor en la página penúltima de este libro (11): "... al contemplar que he- mos con tanta insistencia de- mos a lo largo de estas páginas, me he planteado la pregunta: "¿Derecho un su- mario?". Verdad sería dar una respuesta categórica en cualquier sentido. Mi anti- patía por ese tipo de pe- queño resumen, en todo caso, adhiere a la modestia. No creo en la modestia como virtud. La modestia no pue- de ser sino tautología o hipocrisis. (...) Toda modestia es insidiosa, pero, en particu- lar, la modestia literaria le- vada en exceso puede ser la- tencia de un egotismo que da náusea".

La cita ha sido larga. Y, de acuerdo con un psicólogo, hay que preocuparse de "Esa, pues, al favor, sig- nificativa cierta modo de po- resia...". Qué, pero hay ve- ces en que la cita debe ser brevedad si quien comenta no quiere arriesgar interpretaciones. Así las cosas, tal re- comendación, en el presente caso, siendo innecesaria para exponer un punto, para transcribir, ya que he visto epidemia más ser- vicia que la de los escritores. Ahora, cuando a que la so- ciedad "no es otro tipo de e- hipocrisis", nos parece un modo algo extraño de con- siderarla. Cuando una gran personalidad, no obstante saber que lo es, se muestra sencilla y natural, sobre to- do natural, da una prueba de modestia de muy alta ley.

Y es justamente la cuali- dad que hallamos al leer la obra de este libro y a la provincia constante del ser en el relato: la natura- lidad. Hasta cierto punto por- tectismo que en él se ex- presaría, no alcanza a des- pertar el recuerdo que era ver- dad... el patriotismo, no pudiese tampoco, y ello a causa también de ser un natural sentimiento en el au- tor.

Como en todo libro de viajes, salvo algunos de ver- ras anales, en este se aprende muchísimo, o se re- cuerda cosas en un tiempo sabidas y en otro olvidadas. Por ejemplo, ¿qué tipo de le- tura saben o recuerdan que la Venus de Milo fue decir- la por el francés Du- mont d'Urville, cuando se- pó con un alcaide griego de la aldea de Milo que ac-aba de descubrirlo? Al- guien se preguntará qué tipo que ver la Venus de Milo con el continente an- tártico, donde sólo re- curre una muchacha y descubren- tes blancos y descubren- tes que son los griegos. Pues, tipo que vive en contacto con el continente antártico en 1839, "la gran península a la que hoy nuestro país ha dado el nombre de Tierra de O'Byrne". (Son per- sonajes, como por nuestra ignorancia en estos asun- tos y en otras, alude a una contradicción que hallamos

El continente de los hombres solos

por M. C. G.

"Una sola vez me dijo: 'Si vas a la Antártida, asegúrate por de verdad y la vida de verdad'. Respondí que si voy me voy sola, sola, y como sea la gente de verdad. Pero la verdad es que en mi momento no tenía ninguna idea y que siempre la he tenido 'sola, sola, sola', he pensado una vez sola".

SALVADOR REYES

respeto del descubridor de esta Tierra. En efecto, muer- tras en la pág. 79 se atribuye a Dumont d'Urville, en la 108 se adjudica al norte- americano de veinte años (Nelson) Henry Palmer que la visitó como simple soldado en 1819). Seguiré. Personalmente, ignoraba- mos que Sir Francis Drake —quien, sir y todo viajaba por los mares con patente de corso otorgada por la re- gión y muy cristiana. Bar- bol 2— descubrió, halló y de él hizo un mapa, una isla que después nadie su- cede poder hallar. Pero hoy, muchos son los que creen que la isla de Drake no era otra que la que en nuestros días se conoce como Isla De- cepción y que tan terrible su- ceso de aquella isla de Dra- ke subsiste rodeado de algo fantasmal. En segunda, aprendiendo la ruta, narra- tiva constante de la isla de la era, el más lejos de los habitantes del océano, así como corrimos la ténida barrera llamada pac, más errada de los fantasmas.

La portada de esta obra trae una hermosa foto- grafía, que se prolonga hasta la contraportada, de un paisaje de la Antártida. Paisaje de "esto" seguramente, dada la liquidez del agua y los tonos de azul sin tinte. Al contemplarlo antes de abrir el volumen, se piensa dubitativamente si las des- cripciones del libro corres- ponden a esa esplendor. ¿Por qué dubitativamente? Porque no nos ha parecido Salvador Reyes en sus novelas un descriptor de paisajes con fuerza, com- plicada, sin descripciones, a nuestro ver, pecan de convencionalismo en un sentido curioso: el de no parecer convencional, y además en el de un visible, muy visible ejemplo de marchar un le- no viril (2). Esta última afecta también a sus des- cripciones en general. En el libro aquí comentado, esa dificultad reaparece a raíz, más descubrimos que algo varía y tal vez sea la natu- raleza que deriva de la emoción o el entusiasmo como experiencia personal. Los ojos acostumbrados del au- tor se abren para el solo aquella magnificencia sobe- rana, a sea, el paisaje no su- fre por la operación, alie- rista, del traspaso a la na- rra. Asimismo, para, algu- nas observaciones: "La ar-



SALVADOR REYES

ta del mundo (...). ¿Qué los trae aquí? No se sabe. Al cabo de los años, los fa- vores se convierten en una silenciosa y contemplativa a quienes cuesta avanzar de su soledad...".

Observamos ahora un temporal en la Antártida, descripción, absolutamente clara que nos en libro de es- ta naturaleza. La relación está bien, es sobria, y su- que uno quiera, inmediatamente los ojos de la me- moria hacia Méville, no re- nalla, resuelve solicitar más, primero porque la tem- peratura describe no es de las pocas que el mar se gela, y luego porque el tono ge- neral de esta obra, como bien se dice en la nota fi- nal, es la sencillez, la anec- dótica, el silencio entusias- mo por aquellos territorios de nuestro país, no menor que el que le despertan los marinos que corren sus misiones en ellos. (Esta pa- rra, rántica de Reyes, de veras fiel, hace preguntarse con asombro por qué no si- guió la carrera). Por otra parte, bájase en cuenta

que este fenómeno meteorol- ógico ejerce tan fuerte im- presión en el hombre, pue- de decirse que ha agitado el vocabulario y la teoría metafísica de la literatura. Logra, pues, no ya origina- lidad sino evocación en el "cuadro" es, al menos, mar- cho. Y bien, aún, sabiendo que tenemos lecturas exis- tentemente antiguas en materia de citas, transcrip- ciones las dos siguientes, a nuestro juicio, valdrían. "Volamos, volamos, las alas corrientes y descomulgadas contra nosotros" - "...ser en un momento bajo el azote del viento este, un viento más glorioso, de las aves atronadas, por- tes de espuma como cañ- dros disparados hacia el cie- lo...".

Convergamos, sin embar- go, en que sería extraño que alude a todos los libros de Reyes —¿por qué, acor- so, ser en el una peculiaridad? No se sabe...— echa a perder algunos caracteres esenciales. En la pág. 38, di- ce: "Vida la vegetación de estas montañas queda la marca de la fuerza terrible

que la azota durante todas las estaciones". Un poco más de rigor y la repetición del adjetivo no echa a per- der una buena descripción. En la página 200 se pone en tres líneas "olas enormes" y "altas corrientes", después más grave por intente de adjectives tan enorme...".

Queremos referirnos, por último, a las reflexiones que hacen el libro, sobre la vi- da, la muerte, la condición humana. En muchas de- prisa de su humor fino, está gratis la manera como los versos acomodan la casualidad: "...durante la guerra, uno se decía: 'No puede ser la casualidad de que me caiga una bomba precisamente a mí. ¡A mí!'". Sin embargo, al com- parar un bolita de la lotería contra la contraria: uno se cree elegido por la casuali- dad". Y el libro. Cualquiera con una reflexión sobre los viajes que nos viene a ma- ravilla dado que regresamos de uno. Así escribe: "Una le- habla de la gran península del canal de Corbió a un señor que no ha salido nunca de su pueblo, y remita que el señor se aburre ap-asionadamente porque, viendo películas y leyendo re- vistas, ha llegado a saber más del canal y de la península que uno que ha andado trayendo la bota por él".

"El Continente de los Hombres Solos" es, pues, en su conjunto, un gran libro que mucho debe decir a los escritores que no se con- sideran a la vez...

(PÁSA A LA VENTANA)

RINCON DE LA POESIA

"La Bercavie" de Pablo Neruda (Londra, 1967) es su pri- mer libro después de los cinco tomos de su autobiografía poética, "Memorial de Isla Negra". Si es este libro a los autores de su vida, en "La Bercavie" retoma aquí algunas palabras trueno del libro anterior ("Amores: Matilde") para volver en casos de amor presente en una celebración cas- ciónica. Libro habitado por personajes humanos y narra- tados de la sonata, canta a Atropos y a Dioniso Marica, a Valerio, a Durio, a René Crevet, a los calles de París y a las de Praga. Y el ritmo de la bercavie, siempre interrumpido, siempre refinado, percute entre esos episodios con una permanencia cambiante y renovada, como permanece el mar y el tiempo.

De la primera parte del libro, "Condena la Bercavie la", reproducimos el poema:

LA DELICE PATRIA

La tierra, mi tierra, mi tierra, la luz singular del arte
(reclamos,
la paz clandestina del día y la noche de los terremotos,
el bello, el lauro, la amargura, ocupando el perfil del pla-
seta,
el perfil de mujer, la curvatura saliendo del brazo albeo,
el bello del cálido saliendo en la curvatura del de la tierra,
el exilio de los ríos que atraviesan las aguas de lago sin nombre,
los países salvajes que empujan al pelo salvaje responde el
(reclamos de los literales,
el hombre y su esposa que vive después de remota novela
Orricoles,
las calles de Borgo, Rancagua, Rosario, Lencucha,
el humo del campo en estado de Quirón,
allí donde va alma por una pobre guitarra que Rosa
cantando y responde la tarde en los ojos oscuros del río.

AUTORÍA

M. C. G.

FECHA DE PUBLICACIÓN

1968

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El continente de los hombres solos [artículo] M. C. G.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile